

Memoria de los dos Ignacio

Mauricio Gaborit S.I.

Homilía del 10 de noviembre

*Bienaventurados los que trabajan por la paz
porque ellos serán llamados hijos de Dios...
Bienaventurados los perseguidos por causa de la justicia
porque de ellos es el Reino de los Cielos
Bienaventurados serán cuando los injurien, los persigan y digan con mentira
toda clase de mal contra ustedes por mi causa..
Alégrense... (Mt 5, 1-12).*

Un año más nos convoca a celebrar como comunidad que se siente interpelada y fortalecida por la palabra de Dios, el martirio de nuestros amigos Ignacio Ellacuría e Ignacio Martín-Baró. Nos reunimos no en un estadio, donde con frecuencia asistimos como espectadores a los rituales de una religión secularizada, que intenta llenar por medio del espectáculo y de héroes bien remunerados el vacío personal y social que no nos atrevemos escudriñar. Nos reunimos alrededor de una mesa sencilla para alimentarnos de lo que Dios nos da. En esta reunión decimos nuestras palabras habladas desde tantas experiencias distintas para encontrarnos con ese Dios que es Palabra eficaz, y de esta conversación derivar sentido para nuestra vida. Evocamos nuestra historia, que no es distinta de la historia de Jesús de Nazareth, aquel “profeta poderoso en obras y palabras delante de Dios y de todo el pueblo” (Lc 24, 19), condenado a muerte, crucificado y que Dios levantó de entre los muertos. Nos convoca nuestra propia historia y la palabra fértil de Dios.

Hemos escuchado, en el relato del evangelio, las bienaventuranzas, es decir, aquellas palabras con las que Jesús traza el camino del reino y nos proclama la Buena Nueva. Son las actitudes básicas que deben ser el centro

para toda persona que desee mantener viva la fe en el Dios de la historia, el de rostro humano, y viva tanto la esperanza de un nuevo mundo como el hecho que tenemos que construirlo con criterios radicalmente distintos a los actuales. El evangelista nos dice que Jesús pronuncia estas palabras a la muchedumbre, una vez que sus discípulos se le han acercado. Esta forma de vivir y de pensarse, que pone en crisis el sentido común; que desordena el mundo de los privilegiados, poderosos y satisfechos; que invierte de modo dramático el concepto mismo de ser hijos e hijas de Dios; que radicaliza las motivaciones y que subvierte ese orden injusto de las cosas humanas, sólo puede ser entendido desde la cercanía a Dios. Sólo desde ese apego a la Palabra, que aparece siempre como palabra honda y verdadera, es que podemos comprender y aceptar que nuestra vida —personal y social— puede tener otra dinámica y que se puede mover en otra esfera, con otros valores, que son los valores del reino. Sólo desde esa cercanía a Jesús es que podemos descubrir cómo pueden ser otras las cosas y nos puede sorprender la alegría, precisamente, allí donde otros han querido sembrar muerte y destrucción.

Nuestros Ignacios se acercaron a esa palabra de Dios que es Jesús y sus decisiones personalísimas e íntimas a lo largo de su vida les fueron arrimando al evangelio, como se arrima la noche al día, hasta que, al final de su vida, descansaron plenamente en él. En esa cercanía, en esa estrecha amistad con Dios, fueron descubriendo el sermón de la montaña: que había que tener hambre y sed de justicia, que había que trabajar por la paz, que habían de ser misericordiosos con los humillados y que todo esto les acarrearía la persecución, la acusación alevosa y amañada y la furia mortal de las tinieblas, que ve desafiada su misma oscuridad. Esa cercanía, ese sentarse con Jesús, ese escuchar la enseñanza, les dio voz para denunciar la violencia, que desde el aparato del Estado le arrancaba de cuajo la vida a tanto salvadoreño inocente y sumía en el dolor y el aturdimiento a toda una generación. Les dio voz para reclamar paz y conciliación en un El Salvador embriagado, enajenado y prostituido. Conversaron, dialogaron, argumentaron con las partes para que llegasen a una solución negociada y pacífica de sus diferencias. Y lo hicieron de manera ardua y utilizando lo mejor de lo que Dios les había dado y que ellos habían aceptado como regalo: su inteligencia excepcional, su extraordinaria energía y su honestidad desconcertante.

Lo hicieron con una insistencia incómoda para los violentos y poderosos, pero esperanzadora para las víctimas y los débiles. Lo hicieron con pasión. De allí que sus escritos fueran lúcidos y fundantes y sus análisis certeros, agudos y comprometidos. Su voz fue clara y hablada desde la cercanía al Dios que conocían: el que vive sin recurso a la justicia, pues ésta está enamorada del dinero y deslumbrada por el poder. Al Dios torturado, violentado, pobre y débil. Al Dios que vivía y aun vive en Jayaque, al Varón de Dolores, que languidecía en los campos de desplazados y al Dios que iba en guinda y cuyas entrañas quedaron esparcidas en tantas montañas salvadoreñas, en aque-

llos días. Lo hicieron desde la cercanía a un pueblo que tenía que cruzar a pie descalzo, no ya el mar Rojo y hacia la tierra prometida, sino el río Sumpul, hurañamente cerrado y enrojecido por la sangre de los masacrados, y en camino hacia la tierra inhóspita del refugio, donde no había ni leche ni miel. Esas fueron las cercanías que experimentaron y vivieron Ignacio Ellacuría e Ignacio Martín-Baró y desde las cuales entendieron las palabras del monte.

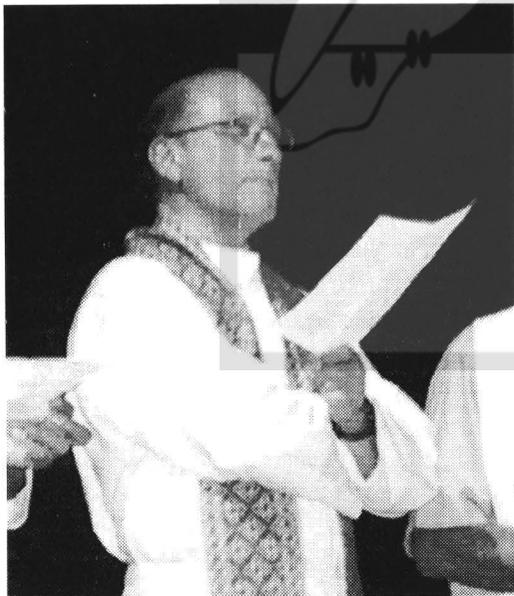
Somos muchos los que extrañamos que ya ni Ellacu ni Nacho estén con nosotros para orientarnos y darnos unas palabras de aliento y esperanza. Extrañamos sus palabras de denuncia vigorosa y certera cuando se enfrentaban a la injusticia y al uso atropellante del poder. Vivimos unos días donde la violencia de los más grandes se ensaña despiadadamente contra un pueblo vencido por la pobreza, la división y la insensatez. Humillada y sorprendida, la gran potencia busca vengar la muerte injusta de miles de personas inocentes, trayendo la destrucción y el hambre a todo un pueblo. Las bombas caen ya por más de un mes diariamente sobre Afganistán y a medida que queda al descubierto la falta de claridad de una campaña militar desmedida, aumenta el número de aviones que dejan caer su carga cada vez más letal sobre un suelo golpeado ya por varios años de sequía. Con rapidez inusual se han aliado los grandes para montar una guerra, que ya ha producido millares de civiles desplazados, igualmente inocentes a los que murieron en Estados Unidos, que no han participado en los crímenes que se quiere castigar y que se encuentran ya hundidos en una extrema pobreza. A diario, los periódicos nos informan de cómo los bombardeos son cada vez mayores, a medida que pasan los días. En estas circunstancias nos hace falta una reflexión honda sobre lo que está pasando y por qué y cómo esta comunidad de fe puede trabajar por la paz. Les echamos de menos. Cuánto nos podrían ayudar en esta tarea urgente Ellacu y Nacho.

Nuestros Ignacios se acercaron a esa palabra de Dios que es Jesús [...] en esa estrecha amistad con Dios, fueron descubriendo el sermón de la montaña: que había que tener hambre y sed de justicia, que había que trabajar por la paz, que habían de ser misericordiosos con los humillados y que todo esto les acarrearía la persecución, la acusación alevosa y amañada y la furia mortal de las tinieblas, que ve desafiada su misma oscuridad.

Las bienaventuranzas nos recuerdan que todo discípulo de Jesús debe compartir el sufrimiento de los otros y tener el corazón en los pobres. En ello está la verdadera felicidad, aquella que no dura sólo el momento, sino la que plenifica nuestro corazón siempre inquieto. Estas enseñanzas son difíciles de aceptar como principios rectores de nuestras vidas, pues van en contra

de lo que con mucha frecuencia buscamos de una manera espontánea: el confort, el placer, el no tener muchos problemas y si los tenemos, que sean los nuestros únicamente, no los de los demás. En su infinita sabiduría y mostrándonos su amor profundo, Dios nos lo ha recordado en el martirio de nuestros hermanos. Los que tienen hambre y sed de justicia y los que procuran que se establezca la paz serán hostilizados y perseguidos. No sé si Ellacu y Nacho Martín-Baró sabían que esa persecución que la sintieron agudamente durante varios años desembocaría en su muerte. Quizás. Pero lo que celebramos esta mañana no es tanto su conocimiento, ni su lucidez, no celebramos su muerte y la intuición que ellos podían haber tenido de ella; ni buscamos palabras entre las que decimos y las que callamos que nos den consuelo ante una pérdida tan violenta. Celebramos su martirio, ese regalo desconcertante que Dios les dio para bendecirnos a nosotros, pues sabemos que son dichosos y somos dichosos, ya que hemos alcanzado misericordia y en ellos hemos visto lo que es un buen hijo de Dios. Celebramos su vida continuada, aquella que los que estaban ennegrecidos deseaban dar por terminada.

Los que les mataron deseaban acabar definitivamente con ellos y callar esa voz y esos pensamientos molestos. Calculaban que, en el peor de los casos, después de algunas incomodidades de relaciones públicas, con la mentira y con la complicidad de los medios de comunicación podrían hacer decantar la historia a su favor. No fue así, pues la verdadera historia los ha señalado. Calculaban y planeaban que era mejor que muriesen unos cuantos para bien del país y para salvar a éste de la catástrofe y de la insurgencia. Y en esa álgebra macabra, descubrieron la solución a sus problemas de poder.



Los que planificaron su muerte viven ahora en el confort de sus dineros y en la vida respetable, que les conceden la impunidad, la manipulación, la corrupción, el engaño, el amaño jurídico, la compra-venta de favores políticos, la propaganda y la vigilancia privada. Necesitan mucho y aun eso les parece poco para poder estar tranquilos e ir a pasear a Miami y poder regresar a tiempo para llevar al perro a su cita con el veterinario. Necesitan de todo ese aparataje para poder manejar sus *Four runners*, ir al dentista, cons-

truir sus mansiones, ponerse el pijama por la noche y conciliar el sueño. De esta manera pueden desayunar abundantemente todos los días y peinarse ante el espejo sin abrir mucho los ojos.

Pero la historia y la vida que celebramos en esta mañana no es de *Four runners*, ni de mansiones amuralladas, ni de trucos, ni de pactos. No es la historia de unos pocos aferrados al poder, sino la de los muchos excluidos y que reconocen en Dios su fortaleza. No es la historia de un viaje a Miami, sino la subida a Jerusalén. No es la historia de la viveza, sino la de la vida que nos convoca a todos por igual y en la que tenemos que ir descubriendo cómo ser auténticamente hijos e hijas de Dios. La viveza sólo causa desesperanza y desigualdad. Es la historia de un Dios sencillo que nos invita a seguirlo, que a veces nos desconcierta al pedirnos que luchemos ante todo por la justicia, por los derechos del excluido y que en esta lucha sepamos perdonar a nuestros enemigos, invitándolos a ser solidarios con el que sufre y convidándolos a esta mesa. Celebramos la historia de un Dios que tiene sus mejores palabras y que da su felicidad a los que ya han sufrido bastante, a los misericordiosos, a los limpios de corazón y a los que se desviven por la paz.

Nos invade un sentimiento de agradecimiento a este Dios sencillo, cariñoso, que cuida de su pueblo, rescatándolo de las manos del verdugo, y que hace brotar la vida, precisamente, allí donde nuestros ojos sólo ven destrucción y muerte. Y es porque esta comunidad sabe que la verdadera vida es otra. Es la que tienen nuestros mártires y no la vacuamente alegre del verdugo. Es la que se da, no la que se arrebata. Es la que se dona en solidaridad, no la que se retiene, atropellando la justicia. Es la vida de Dios manifestada en Jesús Víctima, resucitado por el amor del Padre, y no la del Príncipe de las tinieblas, alimentada por la mentira y el engaño. Por todo esto, nos sentimos agradecidos a Nacho y a Ellacu, que hoy nos lo hacen ver.

Traemos a la memoria la historia de unos hombres que se acercaron y se sentaron un día con Jesús, y que encontraron en esa conversación con que tenían que ser pobres de espíritu, coherentes e íntegros en su vida y perdidamente enamorados de aquel Dios que camina en El Salvador. Nuestros labios se inquietan de alegría al recordar la historia de esas vidas, que dieron un fruto inesperado, tendidos sobre la hierba a unos cuantos metros de esta capilla, su sangre ofertada en el frío de la madrugada de un 16 de noviembre siempre nuevo. Su historia reconforta a esta comunidad, que se siente agradecida por todos los regalos que Dios nos ha dado, incluyendo ese del martirio. Por eso cantamos. Que ese regalo tan bello de Dios nos ayude a mantener viva la esperanza y aumente nuestra fidelidad al evangelio que es Jesús.

San Salvador, 10 de noviembre de 2001.